

# Lectores y libros en tiempos del Quijote

Ofelia Rey Castelao

## RESUM

Analitzar la difusió d'un llibre és una operació metodològica difícil, sobretot quan es tracta d'una obra com *El Quijote*. En aquest article es plantegen les circumstàncies en les quals es produí la publicació i la seva propagació: les taxes d'alfabetització a inicis del segle XVII i la clientela potencial de l'escrit, l'estat de l'activitat impressora a la Península, el mercat del llibre i dels productes de la impremta, les existències de llibres en les cases, els mecanismes invisibles de la difusió, etc. Definit així el marc –extraordinàriament negatiu– en el qual *El Quijote* començà la seva marxa, s'intenta observar el que, finalment, es la història d'un supervivent.

**Paraules clau:** difusió, llibres, lectors, segle XVII.

## ABSTRACT

The analysis of book distribution is methodologically difficult, especially when the work in question is *Don Quixote*. In this article, the circumstances and context of *Don Quixote's* publication and distribution are studied. Some of the many aspects examined are the level of literacy at the beginning of the seventeenth century and potential clients for the text, the state of printing activity in the Peninsula, the market for books and printing press products, the existence of books in homes, and the invisible mechanisms of distribution. Given this rather extraordinarily negative framework in which *Don Quixote* commences, the observations in the article shed light to what is ultimately the story of a survivor.

**Key words:** distribution, books, readers, seventeenth century.

Aunque todas las celebraciones de centenarios propician excesos, el de la publicación de un libro, siempre será mejor que el de una batalla, con tal de que los historiadores eviten ciertos errores, el primero de los cuales sería olvidar que, al hablar de un libro, la difusión es el criterio básico que le da existencia y que *El Quijote* es, en principio, sólo un libro.<sup>1</sup> Cuando termine este año será entretenido observar los resultados alcanzados desde ámbitos de investigación –historia de la literatura, de la cultura, del libro...– que valoran aspectos distintos y que trabajan con fuentes y métodos diferentes: de estos habrán de excluirse todos aquellos que ignoren que la medición de la difusión responde a fórmulas consolidadas que no dan cabida, por ejemplo, a la ingenua táctica de cruzar el río poniendo el pie sólo en las piedras o de hilvanar indicios obtenidos de fuentes no homologables, discontinuas, poco representativas o sesgadas. Ahora bien, los mejor asentados corroborarán lo que ha demostrado la medición de las existencias de libros en las casas, esto es, que *El Quijote* era en su época menos frecuente que otras obras del propio Cervantes (*Novelas Ejemplares*, *La Galatea*), que textos semi-picarescos coetáneos como *Guzmán de Alfarache* –25 ediciones en cinco años–, e incluso que aburridos poemas épicos como *La Araucana* de Ercilla, por no decir que no resiste comparaciones con obras añosas como *La Celestina* de Fernando de Rojas o el *Marco Aurelio*, de Fray Antonio de Guevara. Claro está que no fue un caso único, porque otros productos de la imprenta siguieron trayectorias semejantes: obras como *Tirant lo Blanc* y *Amadís de Gaula*, que según los historiadores de la literatura tuvieron enorme una difusión, ni se reimprimieron ni aparecen en casas o librerías.<sup>2</sup> Por otra parte, Cervantes no fue un autor ignorado y tuvo menos problemas para publicar que otros escritores del Siglo de Oro de igual o superior categoría<sup>3</sup> por lo que no le encajaría la aureola de incompreensión que tan bien ha venido a ciertos artistas; simplemente, en pleno rearme ideológico de la Contrarreforma, no podía competir con el éxito perpetuo y post-mortem de Fray Luis de Granada –que paradójicamente, no daba valor a la lectura<sup>4</sup>–, incólume al paso del tiempo, presente en bibliotecas particulares e institucionales y leído por laicos y eclesiásticos –lo recomendaban los confesores y lo mandaban los sínodos diocesanos–, en Castilla, América y Aragón, pero también de Italia, Francia o Portugal.<sup>5</sup>

---

1. Ya avisaba de esto en 1981 M. Chevalier en «Don Quixotte et son public», *Livre et lecture en Espagne et en France sous l'Ancien Régime*, París, 1981, pp. 119; K. WHINNOM, «The problem of the best-seller in Spanish Golden-Age literature», *Bulletin of Hispanic Studies*, 1980.

2. Barridos por las obras de religión y de historia (Manuel PEÑA DÍAZ, *El laberinto de los libros. Historia cultural de la Barcelona del Quinientos*, Madrid, 1997, p. 107).

3. Sería el caso de Quevedo: J. MOLL, *De la imprenta al lector. Estudios sobre el libro español de los ss. XVI al XVIII*, Madrid, 1994, p. 8.

4. Fernando BOUZA ÁLVAREZ, *Del escribano a la biblioteca. La civilización escrita europea en la alta Edad Moderna*, ss. XV-XVII, Madrid, 1992, p. 117.

5. Trevor J. DADSON, *Libros, lectores y lecturas. Estudios sobre bibliotecas particulares españolas del Siglo de Oro*, Madrid, 1998, p. 52.

Es una obviedad que una obra maestra de la literatura supera la materialidad de la medición de su éxito en números, pero los historiadores están legitimados para echarle las cuentas a Cervantes desde que él mismo utilizó las cifras –por elevación– como recurso propagandístico en la segunda parte de *El Quijote*, dando el número y lugar de sus ediciones y traducciones, y sobre todo el de ejemplares impresos de la primera, doce mil, el dato más significativo. En efecto, el número de ediciones es un indicio envenenado si se ignora la tirada de cada una<sup>6</sup>, pero nueve en diez años permiten hablar más de «un expediente honroso»<sup>7</sup>, que de un éxito editorial: la primera edición de 1605, entre 1.500 y 1.750 ejemplares, no se agotó hasta fines de 1607, y las de Valencia, Lisboa o Madrid, no crearon una acuciante demanda de la segunda parte de la obra, publicada sin prisas, o de las dos juntas –se editan así en 1616/17–. Las ediciones extranjeras, las traducciones y la exportación a América, que corroboran un relativo éxito inicial, no impidieron que se desinflara pronto, y no se puede alegar que entre 1625 y 1635 en Castilla no se diesen licencias para imprimir novelas, porque se podía hacer fuera. Sin embargo, la edición madrileña de 1637 se reeditó siguiendo un ritmo –1647, 1655, 1662, 1668...– que revela una demanda sostenida y la conversión de la obra cervantina en una superviviente. El añadido de imágenes<sup>8</sup>, su reedición unida a otras obras de Cervantes de más tirón, su lectura por los ilustrados, sus imitaciones en la novela y el teatro, y las biografías de su autor, hicieron que en el xviii pasase a considerarse un texto clásico.<sup>9</sup>

También Cervantes justifica que se le analice a través de la vía más propia de los historiadores, la del consumo<sup>10</sup>, ya que era un autor muy interesado en la recepción de su obra y él mismo la comenta entre estudiantes, pajes, nobles e hidalgos, labradores ricos, etc.–. Sin embargo, gran parte de los indicios usados habitualmente apuntan hacia una elite culta y urbana y ofrecen dobles lecturas: en el xvii fue la obra literaria más citada por los escritores, interesados en su sátira y en su desplante a los libros de caballerías, pero esa práctica endogámica era común a otros textos y temas; se imitó en el teatro de Guillén de Castro y de Calderón de la Barca, lo que, por la «popularidad» de este medio, ampliaba su impacto, pero también es cierto que daba a la obra una dimensión diferente (condensada); se representaba en las fiestas y carnavales –en Valladolid en 1605, Zaragoza en 1614, Córdoba en 1615, en América desde 1607–, renaci-

---

6. Al que no se renuncia: F. MEREGALLI, «Los dos primeros siglos de recepción de la obra cervantina: una perspectiva», *Actas del III Coloquio I de la Asociación de cervantistas*, Barcelona, 1993, p.33; M. CRIADO DEL VAL, (ed.), *Cervantes: su obra y su mundo*, Madrid, 1981; *Lectura y recepción de Cervantes en el año 2000*, Guanajuato, 2002.

7. Francisco RICO, «Historia del texto», *Don Quijote*, Madrid, 2005, p. 208-226.

8. Sobre la importancia de esta incorporación, J.M. LUCÍA MEGÍAS, «Los modelos iconográficos del Quijote, siglos XVII-XVIII», *Litterae*, 2 (2002), p. 59.

9. Véase la síntesis de J. MONTERO REGUERA, *El Quijote durante cuatro siglos. Lecturas y lectores*, Valladolid, 2005, que reúne un conjunto excelente de datos, aunque bajo un prisma demasiado optimista.

10. Adelantada en este caso por Maurice CHEVALIER, «Don Quixote et son public», p. 119.

das tras la austeridad de Felipe II<sup>11</sup>, porque sus personajes y situaciones se prestaban a eso, pero fue un tema de sustitución de las periclitadas justas medievales, y las fiestas en las que se emplea eran elitistas por su diseño y urbanas por sus destinatarios; los personajes pronto adquirieron una dimensión mítica, incluso entre quienes no leían, pero esto no tiene en sí un especial significado porque era algo habitual y sigue siéndolo... Así pues, la afirmación de que el *Quijote* encontró a su público con facilidad porque sintetizaba la producción literaria anterior –sabiduría popular, cuentos, refranes– y daba entrada a personajes, situaciones sociales y a hechos reales reconocibles en medios populares, no está lo bastante fundamentada.

Para responder a la pregunta clave de a quiénes podía interesar y a cuántos lectores podía llegar, no se ha seguido con *El Quijote* el modelo propuesto por P. Burke en el estudio de la difusión de *El Cortesano* de Castiglione<sup>12</sup>, en el que, apoyándose en indicios y cifras, busca los elementos de ese texto que más atrajeron a los lectores –en especial a los más alejados físicamente del autor– y que lo hicieron durante más tiempo, estableciendo así redes de lectores. Pero ese método exigiría que hubiese testimonios de la experiencia leer el *Quijote* y que su difusión alcanzase un límite máximo dentro del cual se pudieran observar las redes, cosa que no es posible al tratarse de un éxito a largo plazo y en expansión abierta.

En definitiva, no podemos ir más allá de su difusión como objeto-libro dentro de un espectro teórico de lectores potenciales al que tendremos que entresacar de los ocho millones de habitantes que podían sumar las coronas de Castilla y Aragón en ese momento, olvidándonos, por supuesto, de América, y cuyas lecturas deberemos detectar a través de la presencia de libros e impresos en las librerías y en las casas. En esto último, no perdamos nunca la perspectiva de que las cifras de producción de libros y de impresos menores en las imprentas y fondos de libreros son siempre aparatosas y dan una imagen feliz –se cuentan por miles, cientos de miles, millones de ejemplares–, que pierde gran parte de su efecto visual si se comparan con el número de hogares que constituían la clientela teórica –en la Corona de Castilla había 1.322.282 en 1591, 80.000 en el reino de Aragón en 1600, 118.000 en Cataluña en 1626, etc.– y si se piensa que en la inmensa mayoría de esas familias nadie sabía leer.

---

11. Augustin REDONDO, *Otra manera de leer el Quijote. Historia y tradiciones culturales y literatura*, Madrid, 1997.

12. Peter BURKE, *Los avatares de El Cortesano*, Barcelona, 1998.

## Los lectores: cuántos y dónde

La difusión tiene sólo una dimensión mensurable, el número máximo de lectores posibles o de destinatarios directos de los mensajes escritos. A comienzos del xvii, el analfabetismo impediría que la mayor parte de la población accediese por sí misma a la lectura, pero su medición sólo puede hacerse desde la escritura, una destreza secundaria, posterior y dependiente de la lectura en el sistema de aprendizaje antiguo. Y a su vez, la escritura sólo puede medirse a partir de un rastro estándar y directo, las firmas, siempre que consten, como nos enseñó Schofield, en documentos estables, universales, homologables y seriales: justo lo que falta para esta época o que, existiendo fuentes de cierta utilidad –escrituras notariales, procesos, tienen serios problemas de representatividad.

Cabe pensar que, si tomamos como referencia no tanto la relación entre alfabetización y escolarización o alfabetización e imprenta, como el grado de urbanización, la diversificación profesional o la intervención de los poderes eclesiásticos y municipales, en el siglo xvi habría crecido el número de individuos «alfabetizados» como resultado de la efervescencia educativa, visible en las iniciativas particulares y municipales para crear escuelas y cátedras de gramática y en el despliegue, permanente y diversificado, de las iniciativas del clero: escuelas parroquiales y anejas a conventos o monasterios, catequesis, colegios de doctrinos u otras instituciones benéficas, y sobre todo, la red colegial de la Compañía de Jesús.<sup>13</sup> Y en el nivel superior, la creación y/o revitalización de las Universidades, que afecta más al ámbito de la lectura en el número de lectores cualificados que en el de lectores elementales. Pero la publicación del Quijote se produce cuando eran menos evidentes los signos de entusiasmo que los del agotamiento, previos al retroceso de los años siguientes: la reducción del número de estudiantes universitarios, galopante desde comienzos del xvii, y el cierre de escuelas dependientes de municipios forzados a hacer renuncias presupuestarias o de fundaciones agotadas, se vinculan con la crisis económica y demográfica del momento, pero también con una actitud de cierre social opuesta al ascenso por la vía de la formación y a la alfabetización de los sectores populares, plasmada en la legislación restrictiva de 1623.<sup>14</sup>

¿Eran tantos los alfabetizados como para temerlos? Descartada la ingenua convicción de que la imprenta había provocado una inédita ampliación del número de lectores y dado alas a un proceso de alfabetización constante, hoy se barajan cifras muy modestas incluso para algunos países del ámbito protestante a los

---

13. A. VIÑAO FRAGO, «Alfabetización y primeras letras (ss. XVI-XVII)», en A. Castillo (comp.), *Escribir y leer en el siglo de Cervantes*, Barcelona, 1999, p. 39.

14. Richard L. KAGAN, *Universidad y sociedad en la España Moderna*, Madrid, 1981: es su línea argumental. El efecto sobre el libro en F. DE LOS REYES, *El libro en España y América. Legislación y censura, siglos XV-XVIII*, Madrid, 2000, p. 313.

que se aplicaba esa convicción: hacia 1600, en Escocia sólo sabía leer y escribir el 15% de los varones adultos y en Inglaterra el 25%—, en tanto que la católica Francia se situaría en un 16%.<sup>15</sup> De modo bastante realista, J.P. Le Flem<sup>16</sup> identificó a través de fuentes fiscales a quienes en Castilla la Vieja y Extremadura tenían entre 1560 y 1590 un trato directo con lo escrito, obteniendo sólo un 2.1% de profesionales en esa destreza —escribanos, maestros—; añadiendo a quienes por su actividad dominaban la escritura —clérigos, juristas, oficiales públicos— o les convenía tenerla —mercaderes, determinados artesanos—, los instruidos en las ciudades no pasarían del 2.76%, lo que marcaría el nivel más bajo. Dado este precedente y que las cifras europeas están en cuestión por el sesgo de las fuentes empleadas, convendría pensar qué hacemos con el 26% los Reinos de Granada y Valencia o con el 43.9% en Coria en XVI-XVII, obtenidos a partir de procesos de la Inquisición, testamentos o dotes, que priman a los sectores más elevados y urbanos, y dejan fuera a las mujeres, a los menores y a los muy pobres. Baste decir que si Cl. Larqué calculó un 76.85% de firmantes en el Madrid de 1600, lo hizo a partir de testamentos, quizá las escrituras más selectivas, no puede extrañar que J.M. Prieto Bernabé, a partir de otra base, haya rebajado aquella cifra al 32.7%.<sup>17</sup>

En las villas occidentales de Galicia, a través del Donativo de 1635, cuya fiabilidad en cuanto a las firmas de los contribuyentes es aceptable<sup>18</sup>, el resultado es un 19.7% de firmantes entre cabezas de familia —no se computan ni eclesiásticos ni pobres de solemnidad—, con diferencias que van del 30% de Vigo o Baiona al 5.5% de Noia, pasando por el 18.4% de Pobra do Deán o el 14.1% de Caldas. Compostela, ciudad con Universidad y con una buena dotación educativa, se situaba en un 28%, pero si de los notables, que eran el 16% del vecindario, firmaba el 91.8%, sólo lo hacía el 15.6% del 84% restante. La polarización social es más llamativa si se añaden los eclesiásticos, todos firmantes, y responde a los niveles de riqueza, ya que no hay firmantes entre los más modestos y sólo eran del 6% al 7.5% de los pequeños contribuyentes, pero eran del 20% al 22.6% de los medianos y la mitad de los más fuertes; de las mujeres, que sólo figuran en ausencia de sus maridos, sólo firmaba un 3.4% compuesto por doñas o cónyuges de profesionales liberales. Los núcleos urbanos y semi-urbanos habían sido favorecidos desde época temprana por los avances que fueron comunes a toda la Corona de Castilla y las capitales diocesanas por la atención de

15. H.J. GRAFF, *Storia dell'alfabetizzazione occidentale, II, L'Età Moderna*, Bolonia, 1987.

16. Jean-Paul LE FLEM, «Instruction, lecture et écriture en Vieille Castille et Extremadure aux XVIe-XVIIe siècles», *De l'alphabétisation aux circuits du livre en Espagne, XVIe.-XIXe. siècles*, Paris, 1987, p. 29.

17. Claude LARQUIÉ, «L'alphabétisation des madrilenes dans la deuxième moitié du XVIIIe siècle. Stagnation ou evolution?», *De l'alphabétisation aux circuits du livre*; Juan Manuel PRIETO BERNABÉ, *Lectura y lectores. La cultura del impreso en el Madrid del Siglo de Oro (1550-1650)*, Mérida, 2004, pp. 121-122.

18. Juan E. GELABERT, «Niveaux d'alphabétisation en Galice (1635-1900)», *De l'alphabétisation aux circuits*, pp. 45-71.

los obispos<sup>19</sup>; de modo que promotores particulares –eclesiásticos o nobles–, o institucionales –concejos con algunos recursos–, los dotaron en el xvi de escuelas y preceptorías de gramática, al menos en ciudades y villas del litoral. Los jesuitas habían abierto en 1555 su primer colegio en Monterrey, al amparo del conde de este nombre, y luego los de Monforte y Santiago, con escuelas anejas de primeras letras, gracias a lo cual Compostela, que en 1588 tenía sólo tres maestros, en 1635 tenía cinco. Pero si la constitución de una red escolar urbana no difiere de otras zonas, porque los intereses de la Iglesia –y de la nobleza en algunos casos–, tampoco diferían, el movimiento fundacional que benefició a ciudades y villas desde el xvi no tuvo efectos directos en el ámbito rural.

En la Galicia rural occidental –como en Asturias<sup>20</sup>, las cifras de firmantes eran muy bajas. En las valoraciones de cuarenta curatos de la diócesis de Santiago en 1594, sólo firmó un 15,1% de los testigos, a pesar de ser individuos con cierta relevancia social en sus comunidades o relacionados con las autoridades civiles y eclesiásticas; excluyendo casos anómalos, en privilegiadas zonas de interior, firmaba entre un 2,7% y un 6,2%, de los varones adultos; de los testigos de pleitos de la Real Audiencia de Galicia, a comienzos del xvii sólo lo hacía el 7,9% y en las compraventas de A Ulla, un valle vitícola próximo a Santiago, entre el 6,7% y el 13,3%. Del Donativo de 1635, J.E. Gelabert obtuvo un 7,8% de firmantes<sup>21</sup> sobre 3.128 vecinos de distintos ámbitos rurales, porcentaje muy inferior al de los núcleos urbanos y muy mal repartido, ya que menos del 6% tenía el 54.4% de las localidades, el 26,6% entre 6% y 12% de firmantes, el 7,6% entre 12% y 18%, 5,1% entre 18% y 24% y sólo el 6.3% superaba el 24%. Las zonas con mejor nivel eran las económicamente más favorecidas, de costa o de valle, bien comunicadas, próximas a villas o ciudades; en zonas de montaña, alejadas de vías de comunicación y con una economía de subsistencia, el nivel era más bajo. Las bajas tasas de firmantes y su congelación entre fines del xvi y 1635, se explican por la práctica inexistencia de una red escolar, ya que la aparición de maestros y escuelas rurales fue muy lenta, y el aprendizaje se hacía gracias a la transmisión intra-familiar y/o a la precaria y ocasional enseñanza impartida por escribanos, notarios o estudiantes o por eclesiásticos y sacristanes.<sup>22</sup>

En fin, quizá no tenga sentido aplicar el concepto de alfabetización a la España de los siglos xvi y xvii a sabiendas de que para medirla se emplean fuentes no

---

19. Augustin REDONDO (dir.), *La formation de l'enfant en Espagne aux XVIe et XVIIe siècle*, París, 1996, p. 149 ; VIÑAO FRAGO, «Alfabetización y primeras letras», p. 39.

20. Ofelia REY CASTELAO, «Niveles de alfabetización en la Galicia de fines del Antiguo Régimen», *Bulletin Hispanique*, 1998, pp. 271-311.

21. GELABERT, «Niveaux d'alphabétisation», p. 56.

22. El comportamiento es común a toda Castilla: R. SÁEZ, «Enseignement et petites écoles au tournant du XVIe siècle à Tolède: textes et pratiques», *La formation de l'enfant*, p. 161; J. SÁNCHEZ HERRERO, «La actitud educadora directa e institucional», *Historia de la acción educadora de la Iglesia en España*, Madrid, 1995, p. 614.

comparables en las que están sobre-representados la población masculina, urbana y rica; que los estudios se han centrado sólo en las ciudades, difuminando la desigualdad social interna y borrando o ignorando la desigualdad zonal y las diferencias campo/ciudad, producto estas de una red escolar escasa, irregular e inestable o que no se ha sopesado lo suficiente el factor lingüístico. Y se ignora todo los «escribientes delegados», intermediarios entre la oralidad y la escritura y entre la cultura alta y la popular, existentes en el campo y en la ciudad y que no se identifica con clérigos y escribanos –aunque estos eran mediadores esenciales–, sino con comerciantes, artesanos y campesinos fuertes –y quizá con los maestros, sacristanes y monaguillos que aparecen en el *Quijote*<sup>23</sup>–, que tenían algún dominio de la escritura, la lectura o las cuentas, y mantenían con quienes carecían de esas destrezas una relación estrecha, orgánica y continua, lo que les daba un cierto prestigio y los convertía en transmisores orales de esquemas, conocimientos y contenidos de la cultura escrita.

## Los libros: cuántos y cuáles

El método clásico de evaluar el número de títulos y ediciones de una imprenta o de un centro impresor, permite ver los momentos de debilidad o de fuerza de la producción o el reparto por idiomas y materias, pero identifica los productos impresos sólo con los libros –cuando si estos no aparecen, no significa que las imprentas parasen– y no separa la actividad editora de la impresora, distintas aunque dependientes, lo que oculta que muchos autores financiaban la edición de sus libros. Pero, gracias a esa fórmula conocemos la situación general en tiempos del *Quijote* y sabemos que estaba supeditada a las reducidas dimensiones del mercado interno que hemos sugerido. Del siglo *xvi*, como revelara la encuesta de 1572 ordenada por Felipe II, la Castilla del *xvii* heredó una industria impresora que distaba de guardar proporción con la hegemonía política del país o de poderle prestar un mínimo servicio<sup>24</sup>, sin que esto se pueda imputar el efecto de la censura previa de las autoridades civiles y religiosas o a la vigilancia de la Inquisición, sino sobre todo a muy graves problemas económicos: de organización empresarial –imprentas dispersas y pequeña, en manos de impresores poco cualificados–, de suministro de materias primas –el papel se importaba de Francia e Italia–, de elevados costos y precios inflados por la fiscalidad. Así pues, era una industria incapaz de hacer grandes ediciones de difusión internacional, o incluso reediciones y traducciones –que se hacían en el exterior–, limitada a hacer artes de gramática, voca-

---

23. Fernando BOUZA ÁLVAREZ, «Los contextos materiales de la producción cultural», en Antonio Ferris y Juan E. Gelabert (dirs.), *España en tiempos del Quijote*, Madrid, 2004, p. 317.

24. Jaime MOLL, «Valoración de la industria editorial española del siglo *xvi*», en *Livres et lectures en Espagne et en France*, p. 79; del mismo, «Para el estudio de la edición española del Siglo de Oro», en *Livres et librairies en Espagne et au Portugal, *xvi*-*xvii* siècles*, París, 1989.

bularios de Nebrija, cartillas, informes en derecho..., aunque ese campo le había sido amputado por los monopolios de impresión, como el de cartillas o abecedarios concedido a la catedral de Valladolid y otros, no muy productivos pero perjudiciales para quienes no los tenían —el único rentable era el del Nuevo Rezado que disfrutaban Plantino y El Escorial desde 1573—.<sup>25</sup> Todos estos elementos favorecían la importación y el hecho de que se imprimieran muchos textos en el extranjero subraya la superioridad empresarial francesa o flamenca, de modo que la prohibición en 1610, reiterada en 1617, de imprimir fuera del Reino, no se cumplía: por ejemplo, los juristas publicaban en Amberes y Lyon a pesar de las prohibiciones.<sup>26</sup> Y a esto se añadió la coyuntura económica depresiva iniciada con el final del siglo XVI, que rompió el mercado alcista del libro en el quinientos, en especial desde 1624/25, y el descalabro de las ciudades tras la peste de 1598-1602.

En ese contexto, debe tenerse en cuenta sin embargo que la impresión del *Quijote* se hizo en un taller grande, el de Juan de La Cuesta, cuyo desplazamiento obligado por el cambio de capital del Reino, hizo que tuviera un pie en Valladolid y otro en Madrid, los dos centros impresores castellanos más activos por entonces. Valladolid había sido el más importante en el siglo XVI (642 títulos), seguido por Salamanca (589), y a su producción habría que añadir la de Medina del Campo —modesta, 40 títulos—, pero se derrumbó en la misma medida en la que creció la producción de Madrid y si alcanzó su máximo en 1601-06, fue por inercia y por el momentáneo retorno de la Corte.<sup>27</sup> Desde 1610 la crisis fue total: en 1603 había en Valladolid diez imprentas y cinco en Medina en 1600, pero en 1610 ya no quedaban en esta villa y en Valladolid sólo había cuatro y los impresores a sueldo de las instituciones —del monasterio del Prado, de las cartillas de la catedral—; a la crisis de producción le acompañó la de la calidad, ya que la impresión de verdaderos libros fue escasa desde entonces y el estilo propio del XVI desapareció. Y, por supuesto, la decadencia afectó también a los libreros, ya que Valladolid y Medina habían sido importantísimos centros redistribuidores: Medina fue hasta la crisis de sus ferias —1582 en adelante— un verdadero emporio que distribuía libros entre Europa (Lyon, París, Amberes) y América, pero si en 1551 había 17 tiendas, en 1610 no quedaba ninguna, y después de 1606 sólo habrá libreros en Valladolid.<sup>28</sup>

---

25. Ch. PELÉGRY, «El Monasterio de El Escorial y la difusión de libros litúrgicos en España (1573-1615)», *I Jornadas de Bibliografía*, Madrid, 1977, p. 465.

26. Ch. PELIGRY, «Les éditeurs lyonnais et le marché espagnol au XVIe et XVIIe siècles», en *Livre et lecture*, p. 85; del mismo, «Les difficultés de l'édition castillanne au XVIIe siècle à travers d'un document de l'époque», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 1977, p. 257; M. GAILLAT-FERNÁNDEZ, *Les espagnols à Paris à l'époque de Philippe III (1598-1621)*, París, 1997. Sobre las prohibiciones, F. DE LOS REYES, *El libro en España y América*, p. 272.

27. Philippe BERGER, «Quelques observations sur la production imprimée à Valladolid au Siècle d'Or», en *Livres et librairies*, p. 27.

28. A. ROJO VEGA, *Impresores, libreros y papeles en Medina del Campo y Valladolid*, Valladolid, 1994, p. 14 y 31; «Libros y bibliotecas en Valladolid, 1530-1660», *Les livres des espagnols à l'Espagne moderne, Bulletin Hispanique*, 1997, p. 193.

Madrid llevaba el camino contrario. Sin tener sede episcopal ni universidad, los primeros talleres surgieron a la sombra de su condición de capital desde 1561, al rebufo de la administración y de los centros de enseñanza y, por supuesto, del excepcional crecimiento demográfico.<sup>29</sup> De 1566 a 1626, trabajaron en esa ciudad 26 impresores: en 1601, había seis imprentas, pero la vuelta de la Corte a Valladolid le hizo perder actividad y en 1605, además de la casa de Juan de la Cuesta, sólo había otras tres –una era la Imprenta Real–, aunque el número se recuperó con el nuevo cambio de capital. En 1597 se creó la cofradía de San Juan Evangelista, pero impresores y librereros tenían intereses diferentes y en 1611 se fundó la Hermandad de San Jerónimo de Mercaderes –mucho después que Barcelona o Zaragoza–, porque la legislación favorecía la asociación.<sup>30</sup> Los librereros eran cada vez más en número –una *memoria* menciona 44 en 1615 y 48 en 1643<sup>31</sup>– y más importantes en su actividad: Cristóbal López tenía en 1606, 5.841 libros y 12.575 pliegos; Francisco López, en 1608, 15.000 tomos; en 1623, Francisco de Robles, costeador del Quijote, 16.240 tomos –7.122 libros y 9116 pliegos de pragmáticas– y en 1629, Miguel Martínez, 5.258 volúmenes<sup>32</sup>; y seguramente la producción impresa madrileña era una parte importante de sus fondos –al menos en casa de Robles eran el 35.5% del total–. Estas circunstancias no daban una gran baza a la literatura del Siglo de Oro, como veremos.

En la Corona de Aragón, el *Quijote* se imprimió por primera vez en Barcelona, un centro redistribuidor importante desde mediados xvi, como cabecera de una importante red urbana, que en el xvii fue el emporio peninsular de la producción de pliegos de cordel y de menudencias –milagros, cartillas de primeras letras, artes de Nebrija–; de hecho, ejerció una especie de monopolio desde 1623 sobre la producción y comercio de libros de enseñanza y primeras letras. El sector editorial estaba menos constreñido que el castellano por la censura y en 1553 había creado su gremio, la cofradía de San Jerónimo de librereros, que reservaba a los maestros el derecho a tener tienda y a vender libros en Barcelona y su territorio, por lo que los impresores quedaban supeditados a los librereros, que solían ser también editores y estampadores. En una ciudad mucho más pequeña que Madrid –40.000 habitantes en 1605–, entre 1561 a 1600 hubo al menos 37 impresores y en 1605 trabajaban allí cinco imprentas, pero no diferían de lo dicho para Castilla –falta de renovación, tiradas cortas, fragilidad financiera, importación de materiales, baja calidad del producto y la falta de una red de distribución frente a la facilidad de importar, todo lo cual impedían abordar productos complejos. Pero Barcelona se convirtió en un centro impresor competitivo, que penetraba en Castilla y en América, porque sus impresores dieron preferencia al li-

29. Sobre esta extraordinaria transformación, véase, A. ALVAR EZQUERRA, *El nacimiento de una capital europea. Madrid entre 1561 y 1606*, Madrid, 1989.

30. J. PAREDES ALONSO, *Mercaderes de libros. Cuatro siglos de historia de la Hermandad de San Jerónimo*, Madrid, 1988, p. 33.

31. Françoise LÓPEZ, «La librairie madrilène du XVIIe siècle au XVIIIe», en *Livres et librairies*, p. 39.

32. Trevor J. DADSON, «La librería de Miguel Martínez (1629)», en *Les livres des espagnols*, p. 41.

bro de pequeño formato, que resultaba barato por su bajo coste en origen –salarios cortos y fiscalidad ligera–, a los temas de gran demanda –doctrina, libros utilitarios, creación literaria, pliegos sueltos, cartillas, vidas de santos, almanaques, calendarios– y al castellano –5.8% de las ediciones a principios del siglo XVI, 31.6% en 1560-9, 76.2% en 1590-9, dominante en géneros menores –alegatos jurídicos, relaciones de sucesos, cancioneros– pero sobre todo en la narrativa, el teatro, la poesía o la mística, y es que, hábilmente, Barcelona se volcó hacia una producción consumida masivamente por los sectores populares foráneos.<sup>33</sup>

La capacidad de las imprentas de las ciudades grandes y funcionalmente importantes como las mencionadas, anulaba a las demás porque el mercado –suministrado con facilidad desde el extranjero– no daba para más. Además, esa capacidad de producción, ya fuese en monopolio o de forma libre, se extendía a los infra-productos, cuyas cifras sólo se pueden aventurar ya que, por su escaso valor, no se registraban en los inventarios de impresores, libreros o particulares, aún siendo los impresos de mayor difusión, y dada su escasa entidad, difícilmente se conservan. De las relaciones de sucesos se calcula que hasta la primera mitad del XVII se habrían publicado al menos 1.3 millones de ejemplares; almanaques, calendarios, pronósticos, cartillas –muy fungibles por su consumo inmediato–, o mapas, cartas, bulas, sermones, edictos, estampas, cédulas, coplas, historias, esto es, los «pliegos sueltos», llegarían a 1.5 millones en el XVI y 2.5 en el XVII, y a unos 250.000 los de narrativa caballeresca breve en ambos siglos.<sup>34</sup>

Sevilla con cinco imprentas en 1605, era ante todo un gran centro redistribuidor que miraba hacia América.<sup>35</sup> Zaragoza lo sería también, ya que sus libreros estaban agremiados y el Hospital de Gracia tenía el monopolio de los libros de gramática, latín y retórica para Aragón<sup>36</sup>, sin embargo, sólo dos imprentas había en Valencia. Y una ciudad como Santiago, la única de Galicia que conservaba impresores, no tenía trabajo constante más que para uno, y eran también libreros o encuadernadores, dada la parsimonia económico-demográfica de la ciudad, la mortecina actividad intelectual, la carencia de órganos administrativos importantes y la escasa producción normativa de las diócesis gallegas tras el Concilio de Trento; las letrerías y prensas pasaban de padres a hijos o a oficiales de la pro-

---

33. Además de la obra ya citada de Manuel Peña Díaz, es fundamental su *Cataluña en el Renacimiento: libros y lenguas. Barcelona, 1473-1600*, Lleida, 1996, p. 108 y otras; Javier BURGOS RINCÓN, «La imprenta en Barcelona en el tiempo del Quijote», en A. Bleuca y otros, *El Quijote y Barcelona*, Barcelona, 2005, p. 93.

34. MOLL, «Valoración de la industria editorial».

35. C.A. GONZÁLEZ SÁNCHEZ, *Los mundos del libro. Medios de difusión de la cultura occidental en las Indias de los siglos XVI y XVII*, Sevilla, 1999.

36. M. DEXEUS, «Las imprentas de la Corona de Aragón en la difusión de la literatura del Siglo de Oro», *Edad de Oro*, 12 (1993), p. 71.

fesión y el papel importado era mucho más caro que en Castilla<sup>37</sup>, de forma que los productos eran de mala calidad y precio excesivo, pero aún así, antes de la crisis total de 1631 a 1660, se mantuvo cierta producción de folletos, escritos en castellano –sólo un 5.8% en latín– y dominados por los temas religiosos. La insuficiencia y pobreza de esta producción hacía que la demanda de Galicia se cubriese desde fuera y por eso Santiago era un pequeño centro de re-distribución: sin duda es un caso representativo de la amplia franja septentrional.

En realidad, habría que incidir en esa función redistribuidora que ciertos núcleos urbanos, grandes o pequeños, ejercían sobre amplios territorios, sobre todo en zonas periféricas, atendiendo a los tamaños y características de las librerías, ya que para esta época no hay muchos datos. Uno de esos centros redistribuidores, centrado en el mercado norteño había sido, y aún era, Medina del Campo, lo que explica que el librero Benito Boyer tuviera 30.000 tomos en 1592.<sup>38</sup> También lo era por entonces Granada, en donde desde 1560 se desarrollaron la producción impresa y grandes y buenas librerías que vendían tanto en la ciudad –a los numerosos clérigos, universitarios o funcionarios– como en un amplio territorio en el que se situaban núcleos como Baeza; por ejemplo, la librería de Francisco García, en 1601, tenía 811 títulos y 2.241 volúmenes.<sup>39</sup> En un nivel un poco inferior estaría Santiago de Compostela, donde el impresor y librero Luís de Paz tenía 1.208 volúmenes en 1564, y Alonso Díaz en 1627, después de publicado *El Quijote* y cuando ya era Madrid el lugar de suministro, tenía 341 ejemplares de formatos grandes y 5.933 pliegos sueltos o pequeños folletitos, totalmente previsibles, en tanto que contenían productos para un sector selecto de la ciudad y otros menos sofisticados o instrumentales –textos litúrgicos–, de bajo precio y clientela potencial amplia.<sup>40</sup> En un nivel aún más modesto estaría Murcia, ciudad en la que el librero Juan Dorado tenía en 1615, 1.161 tomos.<sup>41</sup>

En la mayor parte de las investigaciones se olvida ese mundo periférico, que era mayoritario y que estaba muy compartimentado en espacios mal conectados que constituían mercados estrechos del libro a causa de su reducida y sesgada clientela potencial, urbana, tradicional, en crecimiento lento, pobre en autores y editores, donde la imprenta había generado las mismas expectativas que en otras zonas, rápidamente frustradas, de modo que sólo habían resistido allí don-

---

37. El papel de edición era malo –lo es el de la primera edición del Quijote, procedente de El Paurar-, pero en Valladolid o Madrid era barato por la facilidad de acceso, no en provincias: BOUZA, «Los contextos materiales de la producción cultural», p. 311.

38. A. ROJO VEGA, «El negocio del libro en Medina del Campo», *Investigaciones Históricas*, 1988, p. 24; DADSON, *Libros, lectores y lecturas*, p. 31.

39. M.J. OSORIO, *Trastiendas de la cultura: librerías y libreros en la Granada del XVI*, Granada, 2001.

40. M. DE CASTRO, «Inventario de una librería de Santiago a comienzos del s. XVII», *Cuadernos de Estudios Gallegos*, 1968, p. 313.

41. DADSON, *Libros, lectores y lecturas*, p. 32; L. DE PASCUAL, «Libros y libreros en Murcia según los protocolos del siglo XVI», *El libro antiguo español*, Salamanca, II, p. 163.

de la iglesia, una universidad o las instituciones públicas, garantizaban una demanda constante –lo suficiente para mantener a un impresor o dos al mismo tiempo– no de libros, producto ocasional y de escaso fuste, sino de folletos conteniendo constituciones, novenas, ceremonias fúnebres, mandatos, etc. Las imprentas periféricas vivían al margen de innovaciones técnicas y sufrían el problema del suministro de papel; sus productos eran de escasa entidad material, las tiradas cortas, los tamaños pequeños, en lenguas comunes y poco, por su coste, en latín. De modo que se consolidaron como mercados dependientes, cubiertos por la circulación interna entre particulares –herencias, donaciones, almoneadas<sup>42</sup>– y la mediación de mercaderes o transportistas que materializaban los pedidos hechos a libreros e impresores de los centros productores/re-expedidores por parte de los clientes locales más poderosos y que limitaban la intervención de los libreros locales, pocos y escasamente especializados, mediocres en existencias de libros y en su capacidad comercial –no digamos ya editorial– y al margen de las posibilidades de competir con el exterior. La clientela de estos libreros debía ser escasa, local y privada porque las grandes instituciones se suministraban del exterior, de donde los libros solían llegar mezclados con otras mercancías.

## Los dueños de los libros: cuántos, quiénes y dónde

La medición de la alfabetización nos situó ante el número máximo de lectores potenciales de comienzos del xvii, pero ahora es preciso calcular de los poseedores reales de libros. De esos, la inmensa mayoría carecería de una práctica lectora habitual, pero no es posible, mediante la documentación existente, identificar a los lectores más verosímiles, aquellos que por oficio, beneficio o interés sí lo eran, y por ahora, el análisis cuantitativo sólo permite una aproximación a sus comportamientos a través de la posesión de libros. Detectar a los poseedores sirve al menos para delimitar el impacto de las novedades y fijar las resistencias, datar los cambios de gusto o de opinión, e identificar al público mediano, de contorno incierto pero estable en sus orientaciones, que en su mayoría residía en las periferias culturales, esto es, en territorios alejados de los «sitios de conocimiento» –en términos de P. Burke–, en los que se densificaba todo el proceso de producción material e inmaterial del libro. Lejos de ser una suma de excepciones, la comparación entre géneros, medios, tiempos y lugares de edición de los libros existentes en las casas, es esencial, aunque exige ir más allá, por los complejos vericuetos de la recepción, hasta entender los procesos internos mediante los cuales los lectores dan sentido a los textos. La etnografía de la lectura de M. de Certeau, la construcción del sentido y la crítica textual de P. Rico-

---

42. Recordemos el ágil mercado de *encantes* existente en Cataluña: PEÑA, *Cataluña en el Renacimiento*, p.208.

eur, la bibliografía material de D. MacKencie y A. Petrucci, valiosas por separado y más si se aplicasen al unisono, han sido asociadas artificialmente por algunos ensayistas –olvidando que son campos diferentes– para dismantelar la línea sociológica y cuantitativa del libro desarrollada desde los años sesenta, que es siempre el paso previo y fundamental.

En el caso del *Quijote*, sobre el que se han practicado todas las vías posibles, el resultado de operaciones como la descrita, han servido para eludir la medición de su presencia entre los consumidores. Así, se da la circunstancia de que se ha prestado una atención mayor al texto recibido por el lector y a su recepción teórica –esto es, a quién podría interesar– que a quienes realmente interesó. Como era presumible y nada excepcional, en los inventarios hallaremos un texto que fue manipulado por impresores, editores, etc.<sup>43</sup>; del contraste entre las dos primeras ediciones, se deriva que los cajistas y operarios de Juan de la Cuesta introdujeron cerca de cuatro mil correcciones ortográficas, de acentuación y puntuación entre ambas, pero esto corrobora la baja calidad del trabajo de las imprentas de esta época, sin aclarar en qué se modificó un original que no aparece.

Y no sabremos en qué medida esto pudo afectar a la recepción. En este aspecto, no se puede perder la perspectiva de que en efecto, el *Quijote* es un texto consagrado por la historia de la literatura, pero que la historia social de la lectura nos obliga a insertarlo en corpus socialmente significativos –por lo que deja de ser una obra excepcional– y a identificar los ámbitos donde sus diferentes lecturas podían elaborarse. Así pues, la primera pregunta es cuántos tenían libros, un dato que es frecuente en los estudios realizados a partir de inventarios post-mortem y que se refiere sólo a las casas con libros dentro del total de las casas inventariadas, que distaba mucho de ser la totalidad de las existentes; es decir, las cifras tienen un valor relativo porque los inventarios priman a quienes dejan algo que heredar y habría que conocer las dimensiones del sector fuera de plano, que no es igual en unas ciudades que en otras y que es menos representativo cuanto mayor es el volumen de población flotante, y ya no digamos entre las ciudades y el campo.

Sólo puede deducirse que hay un aumento de la presencia de libros del *xvi* al *xvii* en las ciudades y que se mantienen las diferencias sociales, advirtiéndose una tendencia, consolidada en el *xvii*, a la formación de colecciones singulares, acumulaciones que en muchos casos se hicieron mediante la compra de otras bibliotecas –desde Hernando Colón hasta al conde-duque de Olivares, pasando por el propio rey<sup>44</sup>– y casi siempre por vía de herencia –ciertas familias, como la de los condes de Benavente–, lo que no necesariamente revela a lectores exi-

---

43. F. SEVILLA, «Corregir a Cervantes: límites y riesgos», en A. González (ed.), *Cervantes (1547-1997). Jornadas de Investigación Cervantina*, México, 1999, p. 15.

44. DADSON, *Libros, lectores y lecturas*.

gentes. En Madrid, destacaban por entonces la de Don Juan Fernández de Velasco con 3.915 volúmenes y la del conde de Lemos como la más exigente en contenidos.<sup>45</sup> Una de las más conocidas y repartida en las dos ciudades de impresión del *Quijote*, era la del conde de Gondomar, que en su casa de Valladolid reunió desde 1588 un excelente fondo de libros: en 1623 se recomptaron 5.930 títulos (6.563 cuerpos) y 731 manuscritos, que con los que tenía en Madrid sumaban 8.250 registros, para cuya atención el conde tenía bibliotecario propio. Este gallego embajador de Felipe III, aprovechó sus viajes por Europa para nutrir su biblioteca, y la presencia de abundantes libros prohibidos hizo necesario que en 1613 pidiese licencia de lectura a la Inquisición; sin embargo, no debe olvidarse que Gondomar escribió en 1606 *Dictamen sobre atajar los progresos de la Imprenta*, en el que retomaba el viejo discurso de suprimir los libros comerciales que no llevasen ningún provecho o beneficio del Estado.<sup>46</sup> A esas bibliotecas, no sólo tenían acceso quienes compartieran relaciones amistosas, sino también los preceptores, músicos, bibliotecarios, secretarios, que leerían los libros de sus amos, como fue el caso de Lope de Vega.

Tomemos varios ejemplos diferentes: las dos «capitales» de la monarquía y varias ciudades de provincias, del litoral y del interior<sup>47</sup>:

Ciudad	Período	%	Ciudad	Período	%
Madrid	1550-1650	31.7	Valencia	XVI	25.0
Valladolid	XVI	12.0	Castellón	1527-1698	13.0
Salamanca	1650-1725	23.0	Barcelona	1473-1600	26.7
Oviedo	XVII	20.6	Málaga	XVI	26.6

Volviendo a comparar Madrid y Valladolid, los datos revelan que en el XVI, los vallisoletanos estaban enterados de las novedades europeas, pero la pérdida de rango de la ciudad en 1560 fue también una pérdida en este sentido; la restauración de la capital a comienzos del XVII frenó la caída, pero esta se confirma desde 1620: libros en pocas casas y ausencia de novedades, y, por el contrario, acumulación de mayores bibliotecas en manos de nuevos propietarios, sobre todo profesionales, y en las de la nobleza o del alto clero, que van de los 1.129

45. PRIETO, *Lectura y lectores*, vol. II, p. 21.

46. I. MICHAEL y J.A. AHUADO MARTÍNEZ, «La casa del Sol: la biblioteca del Conde de Gondomar en 1619/23 y su dispersión», en *El Libro antiguo*, p. 186.

47. Juan Manuel PRIETO BERNABÉ, *La seducción del papel. El libro y la lectura en la España del Siglo de Oro*, Madrid, 2000, p. 61; Philippe BERGER, *Libro y lectura en la Valencia del Renacimiento*, Valencia, 1987; A. ROJO VEGA, «Libros y bibliotecas en Valladolid (1530-1660)», en *Les livres des espagnols*, p. 193; PEÑA, *El laberinto de los libros*; Ricardo GARCÍA CÁRCCEL, «La posesión del libro en la Cataluña del Antiguo Régimen», en *Les livres des espagnols*, p. 135. Más cifras, en Maurice CHEVALIER, *Lectura y lectores en la España del siglo XVI y XVII*, Madrid, 1976; y en DADSON, *Libros, lectores y lecturas*.

volúmenes del obispo don Juan Manuel en la segunda mitad del xvi a la colección del conde de Gondomar.<sup>48</sup>

Madrid cambia de estatus en 1561 y se puede decir que en su caserío residía a comienzos del xvii la mitad de los letrados del país. El completo estudio de Prieto Bernabé, indica que en 1550-1650, había libros en menos de un tercio de las casas inventariadas y que en menos de la mitad eran colecciones o verdaderas bibliotecas; la mayoría tenía entre once y cincuenta volúmenes –un 58.6% de los casos no alcanzaba esa cifra–, el 15.6% entre cincuenta y cien, y sólo un 4% (27) superaba los quinientos. La nobleza, a la que corresponden el 11.5% de los inventarios, tenía libros en un 61.2% de los casos –55.2 como media antes de 1600, 110 después–, en castellano en un 60% y un 30.4% en latín. Dado que Cervantes señala a la hidalguía como lectora, está bien subrayar que sólo la alta nobleza tiene libros de modo amplio (68%), mientras la nobleza media sólo los tiene en un 30% de las casas y sólo un 2% la baja nobleza. Como en otras ciudades, los profesionales liberales estaban en mejor situación –69.1% de los casos, 99.3 libros por casa antes de 1600 y 134 después, sobre todo en latín–, y mejor aún el clero (82.8%), que pasa de 43 a 136 libros. Las bibliotecas más pequeñas eran las de los lectores menos preparados o que lo eran por necesidad –parteras, cirujanos, carpinteros– que tenían libros instrumentales. En definitiva, cuanto más alto era el nivel de riqueza, más elevado era el número de libros, pero de esa constatación sólo con dificultad se puede hablar de una minoría letrada, docta o erudita, identificada por unos objetivos intelectuales comunes, por unos principios culturales o por aspiraciones socio-profesionales<sup>49</sup>, ya que a la vista del historiador es sólo un grupo que tiene libros.

Por lo que atañe a Barcelona, el tercer lugar de edición del *Quijote*, los cálculos para el período de 1473 a 1600 la sitúan en el mismo plano que otras ciudades: si en el 26.69% de las casas inventariadas había libros, el número medio de estos era de sólo 35.3, cifras repartidas al estilo de muchas otras urbes, ya que los clérigos eran el sector con la mayor proporción de poseedores (el 74%), al tiempo que eran los compradores más asiduos en los *encantes*, y los juristas eran quienes tenían más libros *per capita*. En una ciudad bien distinta, Cáceres en el xvii, el 45.2% de los poseedores eran también eclesiásticos –33 libros por casa–, seguidos de militares (16.7%, 7 volúmenes), burócratas (14.3%, 11), nobles (7.1%, 17) y sanitarios (4.8%, 134 volúmenes). En la segunda mitad del xvii, en una ciudad distinta y con Universidad, Salamanca, la diferencia está marcada por los universitarios, ya que todos tenían libros y eran el 38.2% de los poseedores; los tenían también el 68.3% de los eclesiásticos, el 41% de los nobles o el 47.5% de los profesionales liberales, y a mucha distancia, el 14.7% de los artesanos y el 1.8% de trabajadores manuales.<sup>50</sup> En

48. ROJO, «Libros y bibliotecas».

49. PRIETO, *Lectura y lectores*, p. 99 y otras.

50. A. WERUAGA PRIETO, *Libros y lectura en Salamanca. Del Barroco a la Ilustración (1650-1725)*, Salamanca, 1993.

todos estos núcleos, este último sector es el que tenía menos libros y es que su cultura era mayoritariamente oral, como en general era la del proletariado urbano y la de los sectores modestos o pobres, entre los que, todo lo más, se habrían difundido los textos que se juzgan pero que eran la esencia de la producción impresa y del consumo mayoritario. Lamentablemente, hay un extraordinario vacío sobre la presencia de libros en las casas rurales, aunque los trabajos sobre etapas más tardías confirman las sospechas de que era muy escasa: en 1.140 inventarios del siglo XVIII de la comarca toledana de La Sagra, sólo había libros o menciones a ellos en 63 (5.5%) y en todos los casos eran de clérigos, médicos, juristas o hidalgos y, por cierto, sólo en cuatro casas tenían el *Quijote*...<sup>51</sup>

Un viaje al Norte nos permitirá incidir en nuestra línea argumental, ya que el análisis de B. Barreiro sobre Asturias plantea el contraste entre los núcleos urbanos y el ámbito rural circundante, una operación que debería exigirse en todos los estudios sobre la difusión de los productos de la imprenta. En la zona rural asturiana no se encuentran libros en los inventarios del siglo XVI, en la zona urbana occidental sólo en un 16% de las casas y en el 20.6% de la zona de Oviedo. En el XVII sigue sin haber libros en las comarcas rurales centrales, pero sí aparecen en el rural ovetense –hasta un 30%–, un aumento que afecta a nobles y clérigos y que se debe a que en ese espacio se desarrolló una actividad socio-económica ligada al pequeño comercio, al artesanado o a la clerecía, que implicaba un cierto contacto con la cultura escrita; en la zona urbana occidental la presencia de libros cae al 12.5% y en Oviedo se mantiene. Tenían libros todos los nobles, el 85.7% del clero y el 92% de los funcionarios; entre los profesionales liberales de rango elevado, todos los tenían pero sólo el 45.6% los de rangos menores; en el sector comercial y artesanal, también todos los mercaderes tenían libros, pero sólo la mitad de los tenderos y el 7.6% de los artesanos.<sup>52</sup>

En las ciudades y villas de Galicia el número de lectores potenciales era mayor que en el campo, como se ha dicho, pero pocos alfabetizados estaban en condiciones de comprarlos. En Santiago, la abundante población de clérigos, gente de la administración eclesiástica y civil, nobles e hidalgos, burgueses, etc., era una clientela fija y con medios, pero inventarios y almonedas de los siglos XVI y XVII revelan que las bibliotecas particulares eran pocas y escasas en existencias. Las mejor dotadas en número eran las de los hombres de leyes, aunque había escribanos y notarios sin libros frente a juristas con más de 250, pasando por varias decenas en los casos intermedios; los eclesiásticos no excedían las tres decenas de volúmenes y lo normal eran unos seis, libros litúrgicos casi en exclusiva; dos o tres docenas era lo normal entre los mercaderes –aunque algunos de los más importantes no los tenían– y menos en los demás. En los contenidos, el

---

51. R. SÁNCHEZ GONZÁLEZ, «Cultura escrita en la Castilla rural. Los libros en la comarca de La Sagra (Toledo), durante el Setecientos», *Signo*, 7 (2000), p. 72.

52. Baudilio BARREIRO MALLÓN, «Alfabetización y lectura en Asturias durante la Edad Moderna», *Espacio, Tiempo y Forma. Historia Moderna*, 4 (1989), p. 115.

trazo común es un uso del libro como instrumento de trabajo, lo que se confirma en la especialización y sentido utilitario que daban a sus pocos libros –unos 75– los artífices del Barroco<sup>53</sup>, aunque para su trabajo se los facilitaban sus promotores y clientes y había una densa circulación intra-profesional de compra-venta y préstamo. Sin embargo, en una ciudad universitaria, los estudiantes eran un sector fundamental –en la Universidad eran cuatrocientos en 1611/14, más los alumnos de preceptorías y conventos y del colegio de los jesuitas<sup>54</sup>–, y tenían un nivel formativo más alto que la media, pero la documentación los ocultaba y con esto, quizá a los lectores más asiduos de literatura y de los impresos de menor envergadura y precio. Tratándose de gente joven, cuya condición estudiantil era transitoria y que residía en Compostela sólo durante el curso, rara vez aparecen inventarios de sus bienes, pero los que se conocen tenían pocos libros y casi en exclusiva relacionados con sus estudios. Puesto que muchos eran de origen rural, no tendrían libros al llegar a la ciudad o tendrían una dotación mínima, heredada o comprada a otros estudiantes, por lo que menudean entre los compradores en almonedas, pero adquirirían pocos libros y de carácter escolar. En última instancia, podían acudir a las bibliotecas de la Universidad, del colegio jesuítico y de los conventos con actividad docente.

En la Galicia rural, la distancia entre el número de alfabetizados, aún siendo tan bajo, y el de poseedores de libros era enorme: en la Tierra de Santiago durante el siglo XVII sólo en uno de cada cien inventarios se han localizado libros, en casas de hidalgos, de clérigos y de algún labrador rico<sup>55</sup>, y sólo en algunos *pazos* nobles se puede hablar de cierta acumulación, de modo que el campesinado permaneció en su inmensa mayoría al margen de la cultura impresa, incluso de textos tan elementales como las cartillas. El clero era el sector en donde la posesión estaba más generalizada, pero no debe olvidarse que antes y después de Trento, los sínodos diocesanos insistían en la importancia de que tuvieran libros e imponía un cupo de lecturas formativas<sup>56</sup>: en la diócesis de Santiago, se les exigía tener *la biblia y los casos de conciencia y devoción ... sumas de Navarro, Silvestro, Cayetano, Armillo y Victoria y los libros de Fray Luis de Granada y Comptentus Mundi, el catecismo*<sup>57</sup>, y en la de Mondoñedo, donde se constataba que *en siendo sacerdotes dexan de estudiar y no veen más libro de donde proceden grandes males*<sup>58</sup>, se les mandaba leer durante tres o cuatro horas

---

53. A. GOY, «Aproximación a las bibliotecas de los artistas gallegos en la primera mitad del s. XVII», *Minus*, 1996, p. 157.

54. P.L. GASALLA y P. SAAVEDRA, «Alumnos, bachareis e catedráticos no século XVIII», en X.R. Barreiro (ed.), *Historia da Universidade de Santiago*, Santiago, 1998, p. 481 y ss.

55. A. ROZADOS, *Campo y ciudad. Niveles materiales y mentalidades en el siglo XVII a través de los inventarios postmortem*, Santiago, 1986, p. 119 (inédito).

56. J. SÁNCHEZ HERRERO, «La actividad educadora directa e institucional», *Historia de la acción*, p. 589.

57. Sobre esta cuestión, Baudilio BARREIRO MALLÓN, «La diócesis de Santiago en la Epoca Moderna», *Historia de las diócesis españolas*, Madrid, 2002, vol. 14, p. 215.

58. *Constituciones sinodales de Mondoñedo*, Madrid, 1617, p. 13.

diarias y a tener la Biblia y *algunos libros de devoción y otros de doctrina... y otros de casos*. Pero aún siendo fáciles de conseguir y ordenándose a los visitadores el control de su adquisición, el número y calidad de los libros recomendados no estaba al alcance material ni intelectual del clero, por lo que estos mandatos sirvieron sólo para establecer un horizonte que no se alcanzó hasta el siglo XVIII.

En fin, el mundo rural permaneció en su inmensa mayoría al margen de la cultura impresa. Desde fines del siglo XV, la jerarquía eclesiástica procuró expandir el uso de los libros impresos como instrumental básico y asequible de la liturgia, obligando a las parroquias a comprarlos, pero ese precoz contacto afectó poco o nada a los componentes civiles de la población rural. En los núcleos urbanos el contacto fue mayor y permanente, pero en niveles muy inferiores a los que una fuente selectiva, los inventarios post-mortem, suelen reflejar; los ejemplos más comunes apuntan hacia pocas bibliotecas, concentradas en los sectores acomodados, mal dotadas, mediocres en contenidos y ajenas a la innovación, y casi siempre, como el Norte peninsular, ortodoxas y sin huella de libros prohibidos. Más que un mundo inmóvil, era un mundo de lentitudes.

## Vías complementarias o alternativas

A falta de gabinetes de lectura al estilo de etapas posteriores y de bibliotecas abiertas al público, las bibliotecas institucionales, aunque no estaban en su mejor momento, eran una vía complementaria de acceso a la lectura, toda vez que constituían la red bibliotecaria más importante y, en la práctica, semipública. Esto marcaba una clara diferencia entre los lectores que vivían en donde las había y donde no, por lo que al estar en su mayoría situadas en núcleos urbanos y semiurbanos o en sus proximidades, la red era muy débil en amplias zonas y densa allí donde concurrían las de universidades, colegios, cabildos, monasterios, conventos, etc. A falta de fórmulas más modernas, se podían buscar en esas bibliotecas los libros o colecciones extranjeros, caros o sospechosos –y los manuscritos– que no estaban al alcance de los particulares, por lo que el nivel de lecturas no lo da sólo el número de poseedores de libros ni los tamaños de sus librerías, sino las posibilidades reales de acceder a los libros por quienes necesitaban o deseaban leerlos. En este sentido es preciso reconocer un retraso respecto a Italia o Francia, en donde las bibliotecas institucionales estaban en fase de expansión a principios del XVII. No faltaron proyectos teóricos para animarlas –los de Páez de Castro, Arias Montano, Diego de Arce, etc.–, pero en su mayoría fueron posteriores a que Conrad Gesner en 1546 publicase su *Biblioteca Universalis*, modelo de proyecto de reunión de todos los saberes y guía para lectores, condenada por el Índice Romano de 1564 pero no desterrada, sino leída, plagada y atacada. Entre sus oponentes estaba el jesuita Andrea Posevino, cuyas obras sobre este tema, *Bibliotheca Selecta* (1593), pretendido canon biblio-

gráfico de la Contrarreforma y *Apparatus sacer* (1603), guiaron la constitución y orden de las bibliotecas de los colegios jesuíticos; y no debe olvidarse la influencia de la obra de Roberto Bellarmino, *De scriptoribus ecclesiasticis*, 1613, escrita cuando en Italia o en Francia surgía la idea del servicio público de las bibliotecas.

En la práctica, la imagen idealizada de la biblioteca de El Escorial oculta que las demás bibliotecas institucionales distaban de cubrir las deficiencias de las privadas. Por entonces, los obispos no estaban obligados a sostener bibliotecas abiertas –serán obligados por Carlos III–, y si existían era para servicio de los seminarios, aunque su falta de voluntad de crearlas o de abrir algo las suyas propias, contrasta con la necesidad de apuntalar el papel cultural de las sedes episcopales, el estudio y el afianzamiento teológico y doctrinal.<sup>59</sup> Los cabildos catedralicios no estaban obligados tampoco a disponer de bibliotecas de uso común y donde las hubo no crecieron en la misma medida que el interés de los canónigos en tener libros personales, de modo que no era desafección por los libros lo que explica esta deficiencia institucional, sino las complicaciones administrativas y de gestión que suponía sostener y atender una biblioteca colectiva y las que derivasen de la necesidad de vigilarla. Así pues, los cabildos fueron reacios a las iniciativas que desde dentro en la etapa humanista intentaban llenar un vacío instrumental más que cultural, y allí donde llegaron a constituirse, a fuerza de donaciones que no de compras, o donde existían desde la Edad Media, revelan la escasez numérica y pobreza de contenidos de sus fondos. Desde la catedral de Oviedo a la Córdoba, pasando por Palencia, Salamanca o Toledo, la documentación manifiesta un considerable abandono, incluso en Sevilla, donde el deterioro afectaba a la Colombina.<sup>60</sup> Y hubo más de un caso en que, sin existir un fondo institucional, las donaciones para constituirlo fueron vendidas: el cabildo de Santiago –el tercero de la Corona de Castilla en riqueza– vendió los libros que en 1562 le dejó el obispo Carmona, en 1567 los del canónigo Pedro Medina y a principios del XVII los del arzobispo Maximiliano de Austria y los del historiador Mauro Castellá Ferrer; el cabildo de Mondoñedo en 1579 vendió a su prelado los libros del cronista Sagrario Molina y en 1580 al obispo de Oviedo la librería del obispo Gonzalo de Soterrano<sup>61</sup>, pero por la misma época, otros cabildos más importantes recibían donaciones de libros y con la misma presteza se deshacían de ellos<sup>62</sup>. En parte este comportamiento de los canóni-

---

59. G. BARTOLOMÉ MARTÍNEZ, «El libro, la imprenta, las bibliotecas», *Historia de la acción*, p. 893; N. LEMAITRE, «Les livres et la formation du clergé au XVIe. siècle», en *Livres et culture du clergé à l'Époque Moderne*, 1997, p. 117.

60. F. GEAL, *Figures de la bibliothèque dans l'imaginaire espagnol du Siècle d'Or*, París, 1999, pp. 69 y ss. M.C. ÁLVAREZ MÁRQUEZ, *El mundo del libro en la Iglesia Catedral de Sevilla en el siglo XVI*, Sevilla, 1992.

61. Ofelia REY CASTELAO, *Libros y lectura en Galicia, siglos XVI-XIX*, Santiago, 2003, pp. 251 y ss.

62. Situaciones peores en los cabildos franceses: G. AUDISIO, «Deux réseaux, quatre circuits. Le livre religieux en Provence au 16e siècle», en H.E. Bödeker y otros, *Le livre religieux et ses pratiques*, Gotinga, 1991, p. 95.

gos se explica porque no vivían en comunidad, ni ellos se habían formado en o gracias a los cabildos –como era común en la Edad Media– y desde luego, no los consideraban sus destinos definitivos, por lo que, salvo excepciones, la fidelidad no era tanta como para sostener una dependencia que exigía cualificación, vigilancia, dedicación y avidez cultural, a cambio de complicaciones.

En las órdenes monásticas y conventuales, la permanencia institucional, la conciencia de la importancia de la lectura y la «fidelidad» –obligada– de sus componentes hicieron que sus bibliotecas naciesen o se consolidasen y creciesen, y las normas internas lo previeron todo –espacio, formación y suministro, consulta, nombramiento de bibliotecarios, etc.–. Estas bibliotecas formaban una red más densa cuanto más numerosos fueran los conventos y monasterios, en los que, por su estabilidad, se iban formando acumulaciones de tradición escrita, austeras y ortodoxas, pero receptivas a las novedades, que influían en la sociedad a través de la predicación, la enseñanza o el confesionario, e incluso del préstamo de libros. Dado que la Inquisición no osaba inspeccionarlas, tenían libros prohibidos, necesarios para cuestiones de confesionario, del púlpito y de la controversia, bajo licencia de posesión y consulta. La cantidad de libros que hubiera a comienzos del XVII, dependía de la antigüedad de cada casa y de cómo y cuándo cada orden hubiese superado la crisis bajo-medieval y las reformas pos-tridentinas, de las fórmulas de adquisición de los libros y de los objetivos orientadores –controversia, erudición, contemplación, asistencia social, predicación, educación–, que actuaban sobre los contenidos y sobre el tamaño de las bibliotecas. Las de mayor tamaño solían ser las de órdenes y casas inclinadas al estudio erudito, la teología o la predicación, pero las dedicadas a la enseñanza y la formación, oscilaban entre los jesuitas, que reunieron grandes colecciones con muchos volúmenes y pocos títulos, y los colegios de órdenes monásticas, con pequeñas librerías por el temor a que los jóvenes leyesen por su cuenta. También eran mayores, cuanto más lo eran la riqueza y el número de religiosos, porque conventos y monasterios compraban libros y los recibían por donativo pero sobre todo, los heredaban de frailes y monjes y les eran suministrados por parte de las órdenes, que en más de un caso tenían sus propias imprentas –la del Prado de Valladolid, las de los jesuitas, etc.

Sin embargo, los escasos datos existentes de estas bibliotecas –de las que se dice que eran más ricas y útiles en la Edad Media–, ponen de manifiesto que estaban en una fase de recomposición, sin una política de compras, sino dependientes de donaciones y herencias y del suministro centralizado. Eran pequeñas aún y de contenido pobre: en 1574 el *Viaje* de Ambrosio de Morales a los monasterios y conventos de Galicia, Asturias y León da una imagen muy negativa al respecto, pero si del gran cronista puede suponerse que las observaba con prevención, en 1594/95 una visita interna de los conventos carmelitas no ofrece datos mejores –222 volúmenes en Ávila, 200 en Granada, 170 en Valladolid, entre 100 y 150 en Jaén, Córdoba, Osuna y Sevilla y menos en los demás–, y los agustinos, con mayor nivel intelectual, no estaban mejor. Aunque había excepciones: el P. Diego de Arce, defensor de que prelados y príncipes abriesen las

suyas a los demás, formó la magnífica biblioteca de los franciscanos de Murcia a fines del XVI y principios del XVII; los franciscanos y dominicos de Valladolid parece que tenían bibliotecas importantes y que lo eran también la franciscana de Toledo, o la de los jerónimos de Guadalupe, aunque decae en el siglo XVII.<sup>63</sup>

Excepcional era también la Compañía de Jesús. Las constituciones de Ignacio de Loyola fijaban la necesidad de que hubiera una biblioteca en cada colegio, financiándose la compra de libros con las rentas fundacionales o con partidas extraordinarias de dinero, sin olvidar la creación de imprentas propias para difundir manuales escolares o libros de piedad -en los siglos XVI y XVII las tenían en Cádiz, Sevilla, Toledo, Granada-. Eran muy bien recibidas las donaciones de libros -por ejemplo, en 1577 el arzobispo de Santiago Francisco Blanco donó los suyos al colegio compostelano, del que era fundador y en 1582 lo hizo don Juan del Yermo- o de rentas fundadas para su compra -era el caso de los colegios de Valladolid, Villagarcía, Alcalá, etc.- establecidas generalmente por eclesiásticos y nobles; el Imperial de Madrid, fundado en 1623, se beneficiaba de la venta de libros de los padres Aguado, Piña, Nieremberg o Rippalda, y todos los colegios, de los libros que dejaban los propios jesuitas. Las compras se hacían en Salamanca, Alcalá, Sevilla, etc., y si eran libros extranjeros, eran pedidos por los rectores a los colegios de fuera o a grandes mercaderes.<sup>64</sup>

Y era una excepción la biblioteca de El Escorial, creada a raíz de una petición de 1565 de los jerónimos al rey de que les enviase los superfluos o doblados de la suya. Su orientación inicial era la predicación, la liturgia y la oración y los primeros libros que llegaron no desdecían ese tono, ya que eran de temas espirituales, pero pronto entró de todo y en 1567 pasaban del millar. Tomada de su mano por Felipe II, no se cambió de inmediato su inicial orientación en beneficio del seminario y colegio que allí se proyectaba, ni se fijaron objetivos grandiosos; pero acabó sirviendo a la glorificación de un rey empeñado en tener una biblioteca superior a la del papa y que recogiese obras únicas y manuscritos; su secretario, el bibliófilo Antonio Gracián, la organizó y se encargó de las compras a través de agentes, y en su formación intervinieron importantes nombres de la época, -Juan Páez de Castro, Ambrosio de Morales, Diego Hurtado de Mendoza, Antonio Agustín-. Sin embargo, con Felipe III era ya más un monumento que un instrumento de saber y no estaba al alcance más que de una minoría.<sup>65</sup>

---

63. Más ejemplos en GEAL, *Figures de la bibliothèque*; A. PÉREZ ABAD, «La biblioteca franciscana de Toledo, 1284-1808», *Anales Toledanos*, 1984, pp. 9-36.

64. B. BARTOLOMÉ MARTÍNEZ, «Las librerías e imprentas de los jesuitas (1540-1767). Una aportación notable a la cultura española», *Hispania Sacra*, 1988, p. 315 y ss.

65. S. BLASCO, «Los jerónimos y los orígenes de la Biblioteca de El Escorial»; y F. CHECA CREMADES, «El lugar de los libros: la biblioteca de El Escorial», ambos en *El Libro antiguo español*, Salamanca, 1996, pp. 14 y 101, respect.; Fernando BOUZA ALVAREZ, «La biblioteca de El Escorial y el orden de los saberes en el siglo XVI en la Corte de Felipe II», *El Escorial, arte y cultura en la corte de Felipe II*, El Escorial, 1988, pp. 81 y ss.

En el ámbito civil, las únicas bibliotecas institucionales eran las de las Universidades, pero estas en general no fueron favorables a sostener librerías por las dificultades y coste de su gestión, porque los planes de estudio se basaban en la lectura intensiva de unos cuantos textos clave y porque los profesores eran «libros andantes». <sup>66</sup> Las bibliotecas centrales o no existían o, si pocos libros tenían en el XVI, menos aún en el XVII: en la de Salamanca, nacida en la Edad Media, reconstruida en 1526 y descrita a mediados del XVI como la mayor de España, una visita de 1608 revela que los libros estaban maltratados y las ausencias en los inventarios eran cada vez más clamorosas. La de Santiago, fundada en 1525, era a principios del XVII una biblioteca pobre y mal atendida, en la que pocos libros habían entrado desde que en 1573 se hubiese iniciado con la compra al cabildo de los libros del obispo Carmona: 546 títulos en 649 volúmenes, con una mayoría tan amplia de temas religiosos, que apenas había margen para lo demás. <sup>67</sup> En los colegios, a pesar de la voluntad de los fundadores que solían prever o dotar una biblioteca, no era una prioridad –salvo quizá en Santa Cruz de Valladolid– de modo que en San Ildefonso de Alcalá los signos de decadencia son evidentes en las visitas de 1591, 1593 o 1620.

Si las bibliotecas institucionales nos ponen en alerta al respecto de los lectores que podían tener acceso a los libros sin necesidad de comprarlos, la historiografía sobre la difusión insiste en la necesidad de observar las vías alternativas mediante las cuales se canalizaba lo escrito al margen de la posesión de libros o de otros productos impresos. Pero en tiempos del *Quijote* muchas de esas vías estaban en una fase de desarrollo embrionario o aún no habían nacido, y algunas de las que más atraen a los investigadores eran elitistas o minoritarias y no legitiman que se generalice su capacidad de transmisión. Este es el caso de la circulación de manuscritos, que en realidad discurrían por los mismos medios sociales que los impresos, aunque seguramente lo hacían en aquellos grupos con menor poder adquisitivo –los estudiantes, por ejemplo–, con un interés específico en textos minoritarios –profesionales técnicos–, con un gusto concreto –sobre todo de poesía y novela–, o con el prurito social de pertenecer a un círculo «culto». <sup>68</sup>

¿Y qué decir de la lectura en voz alta? La constatación de la importancia de esta práctica, en varias escenas del *Quijote* sin ir más lejos, en teoría rompe la identificación entre alfabetización y acceso a la lectura. En su tiempo, este tipo de lectura debía estar muy extendida dado que, al menos la de tipo piadoso, se re-

---

66. H. ESCOLAR, *Historia de las Bibliotecas*, Madrid, 1985, p. 241. La Universidad de Leyden, fundada en 1575, no tuvo biblioteca hasta 1587 y la de Dublín, de 1592, no la tuvo hasta fines del siglo XVII: Peter BURKE, *A Social History of Knowledge*, Cambridge, 2000.

67. M.C. DÍAZ Y DÍAZ y otros, «La biblioteca universitaria de Santiago en 1573», *Homenaje a Daría Vilariño*, Santiago, 1993, p. 301.

68. Fernando BOUZA ALVAREZ, *Corre manuscrito. Una historia cultural del Siglo de Oro*, Madrid, 2001.

69. BOUZA, *Del escribano a la biblioteca*, p. 16.

comendaba en los sínodos post-tridentinos y en los sermones de misión destinados al clero. Pero es una forma de transmisión que tiene varios problemas: no sólo, como sucede con la lectura directa, la interpretación de lo que se oía variaba tanto como el espectro de los oyentes/escuchantes, sino que la lectura en voz alta se compaginaba mal con la pluralidad lingüística que sorprendía a los europeos y se interpretaba como alegoría de la sabiduría o como desorden.<sup>69</sup> En los niveles sociales inferiores, esto nos obliga a preguntar cómo se entendería el castellano de calidad entre los castellano-hablantes de vocabulario limitado y fonética poco pulida. M. Frenk se planteó esta cuestión con respecto al teatro del Siglo de Oro, al que se otorga una eficiencia mayor que a la novela, pero que por su complejidad parecería fuera del alcance de la mayoría, concluyendo que el público estaba habituado al lenguaje literario a fuerza de oírlo en las lecturas en alta voz<sup>70</sup>; sin embargo da por supuesta la comprensión del espectador, minusvalora la imagen y el gesto, no atiende al ámbito no castellano-hablante, ni al rural –aunque habla de labradores que leían a sus familias–, y sus datos se encierran en un círculo estrecho, frente a lo cual, F. López, insistente en los efectos de la variedad lingüística sobre la difusión, considera razonablemente que incluso en la zona castellana, la lectura de viva voz estaba al margen del campesinado sin tierras y de la mayoría de las familias, compuestas sólo por analfabetos, y sólo habría narraciones orales.<sup>71</sup>

Y tenemos que preguntarnos cómo podía ser entendido el castellano, sobre todo el literario, entre quienes hablaban otras lenguas nada minoritarias: catalán, vasco, gallego, bable y todas las «hablas» habidas y por haber, que por entonces tenían un contacto mucho menos regular con el castellano del que tendrían después. Tomemos como ejemplo el gallego<sup>72</sup>, porque sus diferencias con el castellano eran menores que en otros casos, porque la emigración de Galicia a Castilla –en especial, a Madrid– había consolidado una vía de contacto y porque era el idioma de unos 700.000 individuos. Aprender a leer no tenía que ser más difícil para los niños gallegos que para los de otras zonas donde la lengua materna no coincidiese con la enseñada<sup>73</sup>; de hecho, en la Bretaña francesa, cuya tasa de alfabetización era a fines del xvii de sólo el 8.28%, las diferencias inter-

---

70. M. FRENK, *Entre la voz y la palabra*, Alcalá, 1997.

71. François LOPEZ, «Las malas lecturas. Apuntes para una historia de lo novelesco», en *Lisants et lecteurs en Espagne*, p. 475; véase también Fernando BOUZA ALVAREZ, *Comunicación, conocimiento y memoria en la España de los siglos XVI y XVII*, Salamanca, 1999, pp. 42 y ss.

72. Ofelia REY CASTELAO, «Libros y lectura en Galicia a comienzos del siglo XVII. La difícil difusión del *Quijote* en las periferias culturales». Estamos ampliando esta perspectiva en el proyecto de investigación «Comunicación y difusión en la Galicia del Antiguo Régimen: cultura oral y cultura escrita en una sociedad bilingüe», Ministerio de Educación y Ciencia, HUM2005-01289/HIST.

73. De haber sido un problema, se hubieran hecho cartillas en gallego, ya que si Felipe II las unificó y dio su monopolio a la catedral de Valladolid, pronto se diversificaron: Augustin REDONDO, «Les livres de lecture (cartillas para enseñar a leer) du XVIe siècle», *La formation de l'enfant*, p. 96; V. INFANTES, «La cartilla en el siglo XVII. Primeros textos», p. 105.

nas y las referidas a otros territorios franceses, no respondían a los límites lingüísticos, sino a la existencia de ciudades y comunicaciones, y a la riqueza de las comunidades, toda vez que los maestros bretones, como los gallegos, se expresarían de modo parecido a sus alumnos, al igual que los párrocos y frailes al predicar o al enseñar, no en vano en su mayoría habían nacido y crecido en el ámbito rural. Sin embargo, en Bretaña, el clero parroquial –todo bretón de origen– fue el agente activo de una alfabetización en bretón que generó una producción escrita en esa lengua.<sup>74</sup> Dado que leer era ante todo una práctica religiosa y la Iglesia era la primera interesada en hacerse entender, los obispos de Quercy y Rourge animaban a los curas a enseñar la doctrina en *patois*<sup>75</sup>, y lo mismo pretendieron a fines del *xvi* los arzobispos de Santiago, Francisco Blanco y Juan de San Clemente, uno castellano y otro andaluz, incidiendo en que los clérigos hablasen el idioma de sus fieles.<sup>76</sup> Ese era también el trasfondo del elogio del gallego escrito en el círculo cortesano de Diego Sarmiento, conde de Gondomar –defensor del gallego y su usuario ocasional– por el cisterciense Fray Atanasio de Lobera, en su *Historia de Galicia* (1604). Pero esas iniciativas, inspiradas en la importancia comunicativa de las lenguas de uso común, aunque fuesen diferentes de la dominante en la cultura letrada, fueron débiles y poco duraderas, y no se tradujeron en producción escrita. Ni había autores que escribiesen en gallego, ni traductores, ni se publicaron textos en ese idioma, ni siquiera cartillas de primeras letras: el lector tenía que serlo de castellano y quien pudiera asistir a una lectura en voz alta, oíría castellano. En las imprentas de Barcelona –como ya antes sucediera en las de Valencia–, el catalán fue progresivamente barrido por el castellano, comprendido, leído y mayoritario en las bibliotecas privadas, no en vano era la lengua del poder, del comercio y del prestigio cultural, y útil para exportar productos impresos, pero conservaba un 8.2% en las ediciones a fines del *siglo xvi*, porque en esa lengua se imprimían los impresos efímeros de tipo burlesco y las cartillas para niños, ya que seguía siendo la más hablada.<sup>77</sup>

## ¿Dónde estaba la literatura?

Pocos propietarios de libros, pocos libros por propietario, circulación limitada de manuscritos, acceso restringido a las bibliotecas institucionales, mediadores selectivos y castellano-hablantes en la lectura en voz alta. ¿Y todo esto, cuando existe, se da a favor de la literatura y más aún, de la literatura moderna? Des-

74. J. QUÉNIART, *La Bretagne au XVIIIe siècle (1675-1789)*, Rennes, 2004, p. 540.

75. G. ASTOUL, *Les chemins du savoir en Quercy et Rourge à l'Époque Moderne*, Toulouse, 1999, p. 66.

76. Ofelia REY CASTELAO, «¿Biografía o hagiografía? Memorias breves del arzobispo Don Francisco Blanco de Salcedo», en Ofelia Rey Castelao y otros, *Cuatro textos, cuatro contextos. Ensayos de historia cultural de Galicia*, Santiago, 2004, p. 13.

de luego, no la encontramos en las bibliotecas institucionales de modo significativo, aunque tuvieran a los clásicos. ¿Y en las particulares? Las clasificaciones temáticas que suelen hacerse dificultan la comparación, pero los datos son reveladores del reducido espacio que ocupaba, aunque debemos pensar que otros géneros, como la historia o la hagiografía, se leían como narraciones. En Madrid, algo diferente a las demás ciudades, las «bellas letras» eran el 18.7% de los libros privados, sin cambios entre 1550 y 1650, pero sí con diferencias sociales: 20.6% entre los nobles, 17% el clero, 18.6% los funcionarios, 11.1% los profesionales liberales y 34.2% entre los indeterminados. Es una cifra elevada pero incluye a los clásicos greco-latinos –con un peso decisivo–, estaba por debajo del derecho (28%) o de la religión (27.4%), y no crecía como lo hizo esta<sup>78</sup>. Por otro lado, de 1.307 inventarios, sólo 71 tenían novelas de caballerías –la mitad eran de nobles y funcionarios–; *La Celestina*, con más de cien ediciones en el siglo xvi, figura en 204 casas de todos los grupos sociales, y las novelas picarescas estaban muy extendidas; todo revela la importancia de la lírica tradicional o poesía profana, y seguía manteniendo una enorme presencia Fray Antonio de Guevara –*Marco Aurelio* y *Reloj de Príncipes*– y no menor Her-cilla y su *Araucana*. Pero, ni eran frecuentes las obras de Lope de Vega, ni lo era *El Quijote* antes de 1650.

La estrecha franja que ocupa la literatura se confirma en las casas de otras ciudades. En el Valladolid del xvi ocupaba sólo el 4% y, con los clásicos, llegaba al 10% en Oviedo y en Cáceres, ciudades en las que el derecho abarcaba el 21% y el 14.6% y la religión el 39% y 43.4% en cada caso, coincidiendo ambas de nuevo en la historia (12%). En Salamanca durante la segunda mitad del xvii, la literatura moderna sólo representaba el 1.6% de los libros, sobre todo las obras de Quevedo y Lozano y menos, Fray Antonio de Guevara y Cervantes; la religión, con el 23.2% y el derecho con el 40.9%, seguían comandando. En Santiago, entre los clérigos dominaban los libros religiosos (47.6%), los clásicos (31%) y el derecho canónico (13.1%), y sólo tenían algunas obras de literatura y gramática –Boscán, Petrarca, Nebrija–, y entre los juristas había entre dos tercios y tres cuartas partes de obras de derecho y un fondo (12%) de clásicos, monotonía rota por un 8% de obras de religión, 4% de textos literarios –Lorenzo Valla, Fray Antonio de Guevara– y otro tanto de historia y geografía. Un poco por todas partes, la ralentización del consumo de libros a comienzos del xvii confirma el dominio del libro religioso, que seguía siendo «útil» y que marcaba un trazo común a todos los sectores sociales.<sup>79</sup> Los libros instrumentales o profesionales serían el segundo elemento temático unificador y el tercero, más difuso, la presencia de los clásicos grecolatinos.

---

77. PEÑA, *Cataluña en el Renacimiento*, pp. 259 y ss.

78. PRIETO, *Lectura y lectores*, p. 276.

79. ROJO, «Libros y bibliotecas en Valladolid», p. 196; BARREIRO, «Alfabetización y lectura en Asturias», p. 115; ISABEL TESTÓN, «Los libros de los extremeños en la Edad Moderna», en *Les livres des espagnols*, p. 257; WERUAGA, *Libros y lectura en Salamanca*.

Está claro que los inventarios sólo reflejan los impresos con formato de libro, dejando fuera los productos menores, y por lo tanto aquello que más identificaba y agradaba al lector común de aquel tiempo, es decir, las relaciones de sucesos, textos poco creíbles, ingenuos, exaltadores de factores positivos, suministradores de una información sesgada.<sup>80</sup> También en formatos menores estaba publicada buena parte de los textos literarios, pero a los efectos que aquí nos ocupan, esto juega de nuevo en contra del *Quijote*, dado que era un libro y no pequeño, y con más de un volumen en la mayoría de los casos. Tampoco los inventarios registran los libros sin valor económico, desencuadernados, incompletos, deteriorados por el uso, que esconderían los de lectura más asidua, pero que tanto podrían ser piezas literarias como de cualquier otro tema, y seguramente muchos serían de hagiografía. Por lo mismo, mencionan otros de forma genérica y silencian algunas obras instrumentales o profesionales –tratados, manuales, repertorios–.<sup>81</sup> Ahora bien, no se pueden idealizar estas ausencias, ya que las cifras de producción antes mencionadas son importantes en cuanto a volumen producido en las imprentas y mucho menos en términos de consumo, ya que las relaciones de sucesos no pasarían de 13.000 ejemplares anuales, 15.000 a 25.000 pliegos sueltos, 1.250 los de narrativa breve, incluso si se compara con el número de casas y no de habitantes.

El hecho de que tampoco encontremos obras literarias en abundancia en las librerías, que en algunos casos podría explicarse porque la mayoría no volvían, usadas, al librero, es ante todo la prueba de que su espacio de desarrollo era estrecho, especialmente en provincias. En Madrid, el depósito de libros que el librero Simón de Vadillo recibe del librero y editor Alonso Pérez en 1614 para administrarlos y venderlos, coincide con los fondos de librería en la escasez de obras literarias que no fuesen novedades –sólo contenía tres ejemplares de Lope, cuatro de la primera parte del *Quijote* (Madrid, 1608) y ocho de *Rimas ilustradas* de Luis de Camoens–.<sup>82</sup> En la librería granadina de Francisco García en 1601 el 7% eran obras de literatura –de 811 títulos–, frente a un 31.6% de derecho y otro tanto de teología. Entre los 341 libros de formato grande de la librería compostelana de Alonso Díaz en 1627, sólo el 8.8% eran de literatura –42.2% de religión, 22.3% de derecho–, y aunque entre casi seis mil folletos aparecen 580 de comedias, *historias*, pronósticos, *libros de secretos*, *entretenimientos de damas* (9.8%), superaban en poco a las vidas de santos –508 ejemplares, 8.6%– y quedaban muy lejos del 55.1% de los breves textos litúrgicos.

---

80. JOSÉ SIMÓN DÍAZ, «Las relaciones de sucesos ocurridos en Madrid durante los siglos XVI y XVII», p. 111.

81. V. INFANTES, «Las ausencias en los inventarios de libros y de bibliotecas», en *Les livres des espagnols*, p. 281.

82. MOLL, «Libro y sociedad en la España Moderna», en *Les livres des espagnols*, p. 7.

## Epílogo

Decíamos al comienzo que la historia de la difusión del *Quijote* es una historia de supervivencia. Cuando se publicó no tuvo más éxito del que era posible en el cúmulo de circunstancias del momento –cambios de ubicación de la Corte, crisis económica y demográfica–, que perjudicaban a un mercado del libro estrecho –bajas tasas de alfabetización– y desarticulado, por falta de una red urbana trabada que conectase los centros productores con los compradores. De modo que era tan fácil –o tan difícil– comprar en la península como fuera, en Francia sobre todo, de donde venían libros con una buena relación calidad/precio que reducían la competitividad de los impresores si no andaban ligeros y buscaban opciones seguras como la de los sub-productos. El *Quijote*, por lo tanto, era un libro y como tal tenía que situarse en un mercado regido por unas reglas sociales y económicas objetivas e inflexibles, sólo alterables mediante los mecanismos que orientaban el gusto: en este sentido, la literatura del Siglo de Oro, escrita para escasos lectores potenciales, fue llevada a sus destinatarios reales, los compradores<sup>83</sup>, a través de una estrategia editorial de género, con sus códigos y formas, en la que fue importante el cambio físico del libro-objeto en tránsito del XVI al XVII, desde los tamaños grandes al tamaño cuarto –fue el caso del *Quijote*–; una estrategia que se complementaba con el uso de la propaganda, al estilo de la que hábilmente se hizo el propio Cervantes.

Pero además de ser un libro, el *Quijote* era una novela y como tal tenía que medirse en términos de competencia literaria y de gustos de los consumidores, subjetivos y flexibles, por no decir caprichosos, que a comienzos del XVII tenían su atención en la lectura de entretenimiento. La novela sentimental había desaparecido hacia 1550 y las de caballerías, negocio editorial del XVI, estaban en crisis total a fines de ese siglo, aunque se leyesen en voz alta o se representasen. Ambos géneros fueron sustituidos por otro refinado y culto, la novela pastoril, de modo que en el juego de las Dianas, Arcadas y Galateas, entraron autores como Lope de Vega, Baltasar Gracián y por supuesto, Cervantes, al que también encontramos practicando otra variante novelesca, la bizantina, menos frecuente pero a la moda. Esa literatura de entretenimiento elegante tenía como lectores a aristócratas, letrados –sobre todo si eran caballeros o hidalgos–, intelectuales y a pasajeros de Indias<sup>84</sup>, pero no a los mercaderes ni a los eclesiásticos. Quienes despreciaban su vacuidad, se inclinaron entre 1550 y 1650 por la épica culta –*La Araucana* de Ercilla tuvo 23 ediciones de 1569 a 1632–, un éxito que remite a la vinculación entre historia y literatura, ya que los poemas épicos halagaban la ideología guerrera de hidalgos y caballeros... En fin, dentro de las limitaciones mencionadas, las novelas cortas al estilo de las de Salas Barbadillo y

83. J.M. LUCIA MEJÍAS, *Imprenta y libros de caballerías*, Madrid, 2002, p. 33.

84. GONZÁLEZ, *Los mundos del libro*. Los pasajeros llevaban muchos ejemplares del *Amadís*, el *Orlando furioso*, la *Diana*, la *Araucana*, la *Celestina*...y el *Guzmán de Alfarache* desde 1600.

Castillo Solórzano, y las de corte picaresco, cosa de poetas y novelistas conocidos, como Quevedo o Espinel, o de autores casuales, serían las ganadoras momentáneas. En ese contexto colocó Cervantes su propuesta de una novela que reunía características de las otras variantes y unía lo divertido con lo ejemplar.<sup>85</sup> Que no fuera un éxito clamoroso se explica por todo lo dicho sobre el mercado potencial y real en el que tuvo que difundirse, ya que si el círculo de lectores potenciales era reducido a principios del XVII, más reducidos eran el de los lectores reales, el de los poseedores y el de compradores de libros —achicados todos por la crisis económica y demográfica, y más aún el de los productores de textos, que ni eran ni tenían que ser coincidentes ni concéntricos. En este sentido, conviene tener en cuenta que la mayor parte de los autores procedían de un ámbito intensamente «castellano» —las Castillas, Andalucía—<sup>86</sup> y que existía una fuerte territorialidad entre los consumidores debido a la discontinuidad del mercado y a la pluralidad lingüística, pero también a la desconexión temática, de gustos y de intereses<sup>87</sup>, a lo que no escapó el *Quijote*. Por eso en la difusión de un libro hay que tener presente el mercado provincial, a veces periférico y extremado, en el que una percepción centralista, culturalmente hablando —desde Madrid, por ejemplo—, es parcial e inadecuada para medir las múltiples facetas que tienen al libro como referencia —impresión y edición, venta y distribución, censura y autocensura, lectura privada y pública, bibliotecas particulares e institucionales, etc.—. El mundo provincial era mayoritario, se conformaba con una producción impresa pobre —con respecto al eje Valladolid/Madrid/Barcelona en este caso—, circunstancial, de pequeños formatos, de temas despreciados por los grandes impresores y de obras destinadas a un mercado local y a las necesidades de una clientela restringida. Es el ámbito de las lentitudes que corrige los excesos de confianza en las posibilidades de éxito de un libro, y el *Quijote* no era otra cosa que un libro. Tampoco pudo sustraerse al cambio general de tendencia que hará entrar en crisis a la novela a lo largo del XVII, barrida por la concepción cristiana que temía el «entretenimiento vano» y pretendía que toda lectura fuera trascendente, ejemplarizante y moralizante, y que temía la «novedad» y quería que toda la producción fuera repetición y «conservación», y el *Quijote* no era otra cosa que una novela.

---

85. J.M. LUCÍA MEJÍAS, «Una nueva página en la recepción de los libros de caballerías: las anotaciones marginales», *Libros de caballerías (de Amadís al Quijote)*. Poética, lectura, representación e identidad, Salamanca, 2002, p. 202.

86. Véanse los datos de Ricardo GARCÍA CÁRCCEL en *Las culturas del Siglo de Oro*, Madrid, 1999, pp. 120 y ss.

87. CHEVALIER, *Lectura y lectores en la España del siglo XVI y XVII*, obra de referencia en todo lo que aquí decimos.